

"¡Nos ha amado hasta aquí!"

Nos ha amado hasta la cruz...

Introducción

¿No es sorprendente y descabellado abordar tal reflexión sobre el significado de la cruz al final de un viaje formativo? Y sin embargo esta cruz es la marca del cristiano. A los (catecúmenos) que piden el Bautismo, la Iglesia les propone un primer paso que implica la entrega de la cruz. En su pasión, Cristo revela los tres componentes de toda la existencia cristiana: la unidad en Cristo, el camino al Padre y el don del Espíritu. Es para reunir a los hijos de Dios dispersos por lo que Cristo ofrece su vida, dice San Juan 11:52. Su muerte constituye su paso para reunirse con el Padre (Jn 13:1) que Lucas llama su Éxodo (9:31). Y de su costado abierto brota la fuente de agua viva, el Espíritu (Jn 19:34).

Este cuerpo desgarrado y entregado nos ofrece el principio de la comunión. El crucificado entrega su Espíritu a su Padre y luego lo derrama sobre toda la humanidad.

El arzobispo Albert Rouet se expresó de la siguiente manera:

"La cruz proporciona la clave para leer la vida. Es la meta de la vida de Cristo: él vino (la Encarnación) para esta hora" (Jn 12:27).

Cuando el padre Rouet dice "meta", me parece que nos está diciendo que toda la vida de Cristo está dirigida hacia la voluntad del Padre, hacia su misión y esto desde su Encarnación. *"No mi voluntad, sino la suya"*, dijo Jesús. Al mismo tiempo, **la cruz presenta el punto de partida de su misión**. Unido a su Padre, Jesús envía a sus discípulos (hoy somos nosotros sus discípulos).

Y San Pablo sólo quiere conocer a Jesús crucificado (1 Cor 2, 2). **La cruz es la fuente y la cumbre de la vida del Verbo Encarnado y la Eucaristía es la fuente y la cumbre de la vida de la Iglesia.**

La Iglesia nace de la cruz y vuelve a esta ofrenda.

En 1996, en su Carta a los Católicos de Francia, documento propuesto para la reflexión de todos los cristianos, los Obispos de Francia escribieron lo siguiente:

El "signo de la Cruz", el "misterio" de la Cruz revela plenamente la humanidad de Dios en la prueba del mal, en todas sus formas: violencia, traición, negación, abandono. Pero Jesús, cuando es traicionado, hace de su muerte en la Cruz un acto de libertad".

Cuando Jesús pasa de este mundo a su Padre a través del tormento que es la cruz, inscribe otra lógica que no es la del mundo: es la lógica del Amor desarmado que en el corazón del mal quiere y crea un mundo reconciliado. San Pablo escribe esto:

"En su persona ha matado el odio".

A lo largo de la historia, y aún hoy, podemos verificar esta fecundidad de la cruz. Es vivida por los cristianos que dan sus vidas hasta el final.

En un pequeño documento *"Ir al corazón de la fe"*, que sigue a la carta a los Católicos de Francia (citada anteriormente), nuestros obispos nos invitaron a todos a reflexionar tomando un desvío a través de la Vigilia Pascual.

Cito: *"Al hacernos pasar la noche de Pascua, la celebración de hecho hunde nuestras vidas en lo que hace nuestra vocación común: formar juntos un pueblo de discípulos que camine detrás de su Señor. Nos convertimos en tales incesantemente con la fuerza del Espíritu. Al decir "no" a todo lo que nos impide ser discípulos, elegimos seguir a Cristo que murió en la cruz y resucitó".*

Nuestra vocación bautismal nos introduce en este seguimiento de Jesús que murió y resucitó, y, como él hoy en día, estamos llamados a afrontar la prueba del mal con la fuerza de la fe para abrir caminos a la resurrección. Para nosotros se trata de "ir al corazón de la fe"... con "los más frágiles" con "los más pobres" como nos invita Montfort.

"La experiencia lo muestra a todos y a cada uno de nosotros: Es la realidad y el escándalo del mal lo que constituye la prueba principal de la fe en Dios. ¿Cómo podemos seguir afirmando la bondad de Dios cuando somos testigos de estos estallidos de odio y violencia que destruyen a las personas y a los pueblos?" Escribieron los obispos en la Carta a los católicos de Francia.

Todos nos enfrentamos al mal y al sufrimiento.

I. Dirijamos nuestra mirada a Cristo

Es importante ver cómo se vinculan la Encarnación-Misión, la Pasión y la Resurrección.

En el símbolo de Nicea Constantinopla, que a veces recitamos los domingos, está escrito:

"Por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo; por el Espíritu Santo, se encarnó en la Virgen María y se hizo hombre". Crucificado por nosotros, sufrió su pasión y fue enterrado. Se levantó de nuevo al tercer día " ...

Cuando leemos el Nuevo Testamento, podemos notar que, desde su Encarnación, todo en la vida de Jesús: su mensaje y sus actividades están unificadas por su referencia a Dios Padre. Jesús nos muestra un Dios que perdona, que ama y que quiere la felicidad de todos; un Dios que ofrece la **salvación** y que llama a todos a la conversión. Jesús pudo percibir que este servicio de Dios, **que esta misión que se le había confiado, le iba a llevar a la muerte**, y que esta muerte sería el resultado lógico de los conflictos y de las oposiciones surgidas por el ejercicio de su misión.

De hecho, este rostro de Dios que Jesús presentó a sus contemporáneos (especialmente a los hombres de la ley: escribas, fariseos, sacerdotes...) trastornó demasiadas costumbres, perturbó demasiadas interpretaciones y esquemas teológicos. Lo que Jesús vivió o dijo no correspondía en absoluto a la forma en que Israel esperaba al Mesías. Israel esperaba una liberación muy humana, es decir, el derrocamiento del poder romano. Y el poder religioso estaba profundamente arraigado en una fe en Dios que no podía ser cuestionada. Ex: el Sabbath...

Lucas escribe (Cap. 13:31-33):

"En ese momento algunos fariseos se acercaron a Jesús y le dijeron: 'Vete, sal de aquí, porque Herodes quiere matarte. Jesús les dijo: 'Id y decidle a ese zorro: 'He aquí que yo expulso los demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día se acabó'. Pero debo seguir mi camino hoy, mañana y pasado mañana, porque no es posible que un profeta perezca fuera de Jerusalén'".

Jesús es consciente del peligro, pero continúa la misión para la que vino. Jesús es libre ante su muerte. "Mi vida nadie me la quita, soy yo quien la doy. Él dirá. Jesús se confía totalmente a Dios y confía en él completamente. Esta relación filial y amorosa era necesaria para que Jesús continuara su camino hacia Jerusalén, el lugar de su pasión y muerte en una cruz. Tenía que continuar su viaje, su misión como enviado del Padre.

Cuando sanó al ciego en el camino, el evangelista nos dice que el ciego, dejándolo todo atrás, comenzó a seguirlo en este camino que lo llevó a Jerusalén.

Sólo después de la resurrección de Jesús los discípulos comprenderán el sentido pleno de su vida, y es el término de obediencia el que utilizarán para hablar de su fidelidad al Padre y a la misión; fidelidad mantenida hasta el final.

San Pablo dirá en su bella carta a los Filipenses (2:6-8): "... Él, que es de condición divina no codició ser igual a Dios... sino que se vació a sí mismo... haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz".

Jesús murió por fidelidad a Dios, sí, pero también murió por fidelidad al rostro de Dios que predicaba. Recordemos su actitud hacia los pecadores y la variada oposición que levantó contra él. **Jesús también murió por fidelidad a los pecadores.**

Tanto por su forma de vida como por su predicación, Jesús había proclamado que el Dios cuya intervención salvadora anunciaba era un Dios que no excluía a nadie, un Dios cuya

gracia estaba por encima de los pecadores. (El hijo pródigo; la mujer samaritana; María Magdalena; Zaqueo... y muchos otros). Ahora bien, lo que llevó a Jesús a la cruz fue precisamente el pecado, es decir, todo lo que de una manera u otra le impide a uno amar: *"He aquí que el Hijo del Hombre está a punto de ser entregado en manos de los pecadores"*. (Mc 14:41...).

La esencia de la Ley, que Jesús había predicado, consiste en amar, en amar incluso a los enemigos, en amar hasta el final. El amor no tiene límites. El Sermón de la Montaña en Mt 5:21-26 nos recuerda que el pecado es todo lo que se instala en el corazón del hombre y lo hace incapaz de amar verdaderamente.

Finalmente, Jesús murió por fidelidad a los pobres.

El Reino de Dios, había proclamado, es ante todo para los pobres. Dios no excluye a nadie, dijimos hace un momento, pero en primer lugar está del lado de aquellos a los que los hombres siempre tienden a excluir: los pobres, los pequeños, los indefensos y los marginados.

Es con estos con los que Jesús se identificó cuando murió en la cruz. Aceptó esta muerte por crucifixión, un infame tormento normalmente reservado a los esclavos. Jesús muere conforme a su idea de Dios: después de haber anunciado un Dios que se preocupa por los pobres, los rechazados, los despreciados, los perseguidos, él mismo se enfrenta a la muerte de un pobre, rechazado, perseguido.

En la larga tradición espiritual de la Iglesia, la cruz es el crisol en el que Dios modela, prueba a los santos. Es la decisión de seguir a Cristo y, como él, dar su vida por amor.

Esta tarde veremos cómo Montfort vivió la cruz en su vida y lo que escribió sobre ella.

Trabajo en pequeños grupos

Tomémonos **tiempo para compartir** fraternalmente nuestra experiencia en este tema.

- ✓ Cristo, ¿cómo tomó su cruz a lo largo de su vida pública?
- ✓ ¿Qué retengo de la experiencia del Padre de Montfort?

Al entregar la cruz de Poitiers

- ✓ ¿Cómo nos solidarizamos concretamente con los hombres y mujeres que sufren, que están heridos en su ser o en su carne, o que se enfrentan al mal? Echemos un buen repaso a lo que está pasando dentro de nosotros.
- ✓ ¿Cuál es mi experiencia con la cruz?

Hermana Chantal RABIER
Hija de la Sabiduría